

DISCURSO

DEL RECTOR DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO,
EN LA CLAUSURA DE ESTUDIOS EL 28 DE OCTUBRE DE 1933

Señoras, señores:

Termina hoy, y así lo declaro con la autorización y venia de S. S. el Ministro de Educación Nacional, el presente año escolar. Antes que pase dos veces el índice horario delante de las cifras que señalan los pasos de la vida, ya estaremos todos atendiendo al examen de las pruebas finales que decidirán, según es posible a la falibilidad humana, si este año de labores corresponde a lo que es y debe ser el Colegio Mayor, o si desdice de la opinión en que se le ha tenido de escuela noble, rígidamente inhospitalaria para la dejadez y el abandono.

Ver llegar esta fecha, es ver condensados en un día la inquietud y el sobresalto, no por interiores y secretos menos abrumadores, que durante el año lectivo tienen que dominar a los que llevan sobre sí la responsabilidad de vuestro gobierno y dirección. Yo ignoro qué tan craso error pedagógico será este hábito mío de mirar siempre a lo futuro y de no olvidar jamás que vosotros, señores alumnos, tendréis que trocar necesariamente la vida de estudiantes por la vida de hombres. Y os certifico que esta alegre y desenfadada mocedad que os distingue, este verdor y lozanía que son atributos vuestros, este vivir inquieto y arriscado que os especifica, de ordinario me embelesan y a veces me crean dificultades, pero nunca me roban la visión confusa de lo que podréis ser más adelante.

De tal visión, cómo quisiera yo suprimir todo cuanto no sea inteligente y honorable, ahuyentar lo mediocre y lo rutinario, y hasta desvanecer lo doloroso! Pero justamente, hé aquí que nuestras vidas humanas no suelen ser en el porvenir de la madurez sino la proyección de lo que fueron en el pretérito de la adolescencia. Así, a corta distancia de su vértice, las líneas de un ángulo quizás no ofrecen sino una desviación imperceptible, pero alongadas considerablemente, se apartan para alinderar los más fantásticos espacios. Y vale esta semejanza geométrica lo mismo para el bien que para el mal, para el triunfo como para el fracaso. Con un ángulo justo se miden cielos y tierras, el pegujal del campesino o las distancias estelares; con un ángulo erróneo que saque de quicio el centro de gravedad, se desploma la torre más excelsa con tanta seguridad como si estuviera minada con explosivos infernales.

Este rigor con que se os pide la aplicación juiciosa, la tenacidad en los propósitos, un estudiar concienzudo y una curiosidad anhelante, no os harán sabios, pero sí os pondrán en el camino de serlo merced al hábito de la reflexión metódica y a la certidumbre propia de varones que consiste en no ser esclavos de las apariencias ni siervos de la opinión vulgar, ni seguidores engegucidos de la estulticia volandera, cosas que sin ser lince, cualquiera entiende que son muerte y enterramiento de la inteligencia. Con esas mismas ciencias elementales que estudiáis, pero mejor distribuidas, más ahincadamente penetradas y aprendidas por decirlo así en forma ascensional y progresiva como parece exigirlo nuestra índole distraída y veleidosa, tendríais las bases y cimientos sin los cuales no se labra ninguna personalidad, ni se penetra honradamente en el ciclo de los estudios profesionales y universitarios. Y de la misma suerte, esta disciplina cotidiana que muchas veces halláis desapacible e ingrata, esta forzosa convivencia con tanta di-



versidad de caracteres, este régimen del internado que no se sostiene sino a poder de abnegación y privaciones, son el primer asiento de la urbanidad y cortesanía, del saber reprimirse a tiempo y del moderarse en sazón oportuna, del aprender a reunir y juntar las voluntades y del prevenir buenas simpatías y provechosa hermandad, cosas harto necesarias e indispensables en el viaje y contienda de la vida que os aguarda.

Permitidme señores que en esta ocasión contemple con vosotros una forma no abstracta ni trascendente, sino muy real y positiva, fácil y amena de ordinario, de este aprendizaje de la vida que también se denomina educación. Por fortuna, esa forma no necesita hoy de intrincados razonamientos que la abonen y encarezcan, ni de apologías que la propugnen; algo nueva es entre nosotros y eso le ha valido homenajes de curiosidad y zahumerios de entusiasmo; fue introducida aquí como flor de culturas extranjeras y eso le procuró acogimiento caluroso por parte de la moda que no le ha escatimado mercedes y benevolencias, tiene el respaldo de la pericia médica, con lo cual era justo que conquistara aceptación poco menos que unánime; la publicidad del periodismo se hizo pregonera de sus adelantos y victorias, y con esto cobró grandísimo interés, despertó la atención de muchos y suele tener pendientes de sus sucesos a las multitudes. No me negaréis que todo ello y algo más se ha hecho para ver de aclimatar y prosperar los deportes y la gimnasia en esta tierra.

Y de los deportes y de la gimnasia en su calidad de forma o medio de buena y legítima educación y por lo mismo indispensable para la juventud que ha de criarse en el Colegio Mayor, voy a hablaros en este día final del presente año lectivo.

La idea de hacerlo me vino la otra noche mientras oía el sabrosísimo discurso del P. Félix Restrepo al ingresar en la Academia Colombiana. Hasta es posible

que, siguiendo sus huellas, invada y atropelle la jurisdicción que tiene establecida por obra y gracia de su ciencia en el mundo helénico. Pero, ¿qué ha de importarle a él, que lo comprende y abarca tan cabalmente, si ahora, para sacar adelante mi propósito, le hurto y sustraigo tal cual migaja del festín con que esa noche nos agasajó regimiento?

Pensaba yo entonces que si las palabras de uso cotidiano tienen claros entronques y limpias genealogías que las enlazan con la lengua y por consiguiente con el ánimo y cultura de los griegos, también los juegos y deportes gimnásticos que ahora solicitan el celo de los educadores y los impulsos de toda mocedad, tienen idéntico abolengo y perpetúan, como el idioma, el soberano imperio de esa civilización que una vez no más vieron los hombres en la tierra y que perennemente servirá de sello y timbre de legitimidad a la hermosura que vayan descubriendo.

Pero no habéis de creer que apenas subsisten de aquella edad luminosa los que pudiéramos llamar juegos mayores: la danza, las carreras, la lucha, los saltos, la pelota y el lanzamiento de discos y venablos. Pertenecen estos a generosas tradiciones cuyas observancias predominan en la formación del joven a partir de los catorce años y cobran máximo esplendor y carácter propiamente nacional en las fiestas panhelénicas. Al lado de ellos encontraréis casi uno por uno estotros juegos infantiles, favoritos de la debilidad, de la pobreza y del abandono que pueden ser afrenta de los años primeros, pero que no extinguen en la niñez el anhelo misterioso de jugar y entretenerse. Misterioso he dicho porque el juego y la entretención aún siendo muy rudimentarios no son otra cosa que los primeros pasos que da el hombre en el conocimiento y experiencia de sus capacidades, son el primer ensayo en el viaje de circun-

navegación interior que sólo emprenden unos pocos y que a nadie fue dado terminar.

Descartemos prontamente estos juegos porque no hacen a mi intento. Advertiré sí que la consideración de tales costumbres y ejercicios vulgares y principalmente los de aquella edad espontánea en que ejercen más dominio la herencia y el ejemplo y en que el espíritu recibe y se asimila más dócilmente lo exterior, es parte principalísima de la historia moral de los pueblos, anillo de su tradición, testimonio vivo de sus orígenes y transformaciones, signo de raza, material preparado ya para la psicología popular y para las ciencias sociales y, por último, voz elocuente, que repetida en muchos pueblos demuestra mejor la identidad de sus orígenes, y remontándonos más allá, la unidad primitiva del linaje humano que, entregado a sus propios y nativos impulsos, pone una tal estampa de familia en todas sus creaciones.

Esto creía el más erudito de los polígrafos peninsulares, pero siglos antes que él pusiera los ojos en esta rama del saber humilde y popular, en apariencia vil y despreciable y en realidad muy capaz de darle inducciones a las ciencias que tratan del instinto y del hábito, otro enamorado de la antigüedad, zaborí de las ruinas, que vistió con pompa inmortal de poesía más viva y duradera que el «amarillo jaramago» que les ofrendó naturaleza, había escrito los diálogos «lúdricos», a imitación de Suetonio, para descifrar el origen de todos los juegos e invenciones pueriles. Y del turbio y caudaloso raudal de testimonios clásicos, Rodrigo Caro, animador de las ruinas de Itálica, saca en las redes de una filología incipiente, la prueba perentoria o la conjetura verosímil de que en los arcaicos certámenes y juegos de Grecia, en el estadio y en el pentathlo, en el liceo y en el gimnasio, en las agoras soleadas y hasta en las dependencias domésticas que van desde la entrada

de la residencia familiar «auleía tura» hasta la del huerto interior «tura kepaía», había lugar y ocasión para todos los juegos, ora se trate de los «pares y nones» y de los dados cuyo nombre «cubos» persiste dondequiera que anda de mano en mano el «cubilete» o «cacho» en jerga de cantinas, ora se hable de naipes y damas, ora de la gallina ciega, de la taba y de los escondites, ora en fin, del trompo, la peonza y la rayuela. Ni quiero dejar sin conmemoración el juego de las pedrezuelas o «lipidia» que en algún tiesto pintado en Eubea aparece de tal suerte que no hay quien nó lo confunda con el mismísimo «pite» en que aventuran los muchachos sus pobres ganancias callejeras al azar de un rebote de las monedas de níkel. —Grecia, como véis, anda democráticamente entre nosotros animando el lenguaje y perpetuándose también en estos ejercicios y recreos que si parecen baladíes y sin sustancia, tienen alta y linajuda prosapia y traen a cada hora recuerdos ambiciosos del gran pueblo que pudo aunar la simpleza de los deportes infantiles con la estupenda realización estética del equilibrio humano.

Entre los unos y la otra ocupan sitio de preeminencia por su representación y por su influjo estos juegos mayores que las naciones conservan y fomentan como lustre y decoro de su cultura, o que la juventud necesita para mejorar la educación. Carreras, saltaciones, luchas, pugilatos, discos, venablos, volantes, raquetas y balones, todo, todo ello concuerda materialmente con las usanzas helénicas y tengo por cierto que os admiraríais leyendo la descripción que hace Pólux de los partidos de pelota jugados con los pies o las manos, una de cuyas especies era la «faeninda», muy emparentada con lo que llamáis «tennis». Mas entre el valor y significación que los helenos le dieron a estas contiendas y competiciones de destreza y el que nosotros les damos, hay sus diferencias. Hemos conservado lo

que tienen de externo y material, pero no hemos hecho caso de la idea y del espíritu que allá las gobernaba, separación y divorcio que siempre e inevitablemente traen consigo la degeneración y menoscabo de las instituciones.

Los múltiples ejercicios que abraza la gimnástica no fueron en Grecia un arte de exhibición, ni una observancia impuesta por la moda, ni una profesión lucrosa, ni una excusa para pensar, ni un pretexto para embrutecerse, ni un salvoconducto para romper con la delicadeza de la urbanidad y la distinción de los modales. Tampoco fueron escuela de rudeza ni culto de la pujanza material en que el ápice del adelanto consistiera en adquirir fuerza irrestricta donde las facultades del alma fueran a perderse a más andar en la jurisdicción de la carne sorda y maciza; trueque ilícito del ingenio celestial por las propiedades de las fieras bravas.

Cierto es, en cambio, que ya en tiempos de la Grecia prehelénica andaban los púgiles y luchadores celebrados en los frescos de Tirinto y en los marfiles de Gnoso para comprobación de que los Egeos eran sagaces admiradores de la destreza corporal y de la musculatura viril y bien proporcionada. Pero solamente Grecia halló el secreto de darle al cuerpo humano la plenitud del desarrollo y de aplicarle a esta obra suprema de la divinidad el ideal de armonía entre lo bello y lo justo que es quizá lo que mejor caracteriza el ascendiente imperecedero de la civilización helénica.

En ella es la gimnasia una preparación indispensable para la vida social y una palestra risueña donde el ciudadano se agilita para que la defensa del suelo patrio y de sus instituciones no le sorprenda desmayado y bisono; es también una disciplina simultánea para el cuerpo y el espíritu porque todos saben que el alma noble y fuerte necesita albergarse en una carne

sana, limpia, y entera. Admíranla los griegos con mente de artistas, pero su preocupación estética arraiga en el conocimiento de las necesidades públicas, por lo cual atribuyen sin vacilar a la gimnasia la victoria de los Atenenses en Maratón, y Sócrates reprende al joven Epígenes en estos términos: «Desaliñado y enteco me pareces, desprevenido estás para el combate en que se juega la vida; advierte que la ruindad de la complexión a unos les dobló el peligro, a otros les costó el honor y a muchos les mermó los alcances: a no pocos habrás oído apellidar cobardes que son allá dentro valentísimos, pero que acá fuera se sienten presos y oprimidos por el embotamiento y torpeza de los miembros. Fatiga y lidia recias y acompasadas necesita el cuerpo para que otro día sea de provecho y no de estorbo en los azares de la guerra, en el servicio de la nación y hasta en el socorro de los amigos. Entiende así mismo que no hay lucha ni acto de la vida que te hagan arrepentir de estos ejercicios corporales; al fin y al cabo el cuerpo es el instrumento de que a todas horas y donde quiera nos servimos, y sería necedad que no procuráramos hacerlo dócil y perfecto. Aun aquellas funciones que te parecen más reñidas con el cuerpo, quiero decir las de la inteligencia, no lo están en realidad, porque ya ves que el pensamiento suele desconcertarse a causa de la mala disposición corporal. Y si te traiciona la memoria, si pierdes los filos del entendimiento y se te pasma la cabeza, si te vencen los desmayos de la pereza, si finalmente se te desvanece la razón y pierdes el seso, de todo has de reconocer que su raíz está en la disposición viciosa, enclenque o enfermiza de este cuerpo que sirve a la inteligencia como el sistro, la cítara y la flauta sirven a los músicos».

Que Jenofonte me perdone esta paráfrasis que acabo de hacer de una de sus mejores páginas; permídemelo

en gracia de la recta intención con que pretendo hacer sentir lo que realmente se pensaba en Grecia acerca de los deportes; perdonéme y agracedzcame por que me ha dado ocasión de mostraros que la agudeza socrática se da la mano con la sabiduría revelada que nos enseña esta máxima de diáfano realismo: «El cuerpo que se vicia, agobia a el alma».

Las palabras de Sócrates a Epígenes, ¿qué calificativo reclaman en justicia si no es el de «ascéticas»? Y no os parezca esto abuso caprichoso de la palabra que el cristianismo consagró para nombrar la purificación moral del hombre; porque «ascética» no es sino la misma voz «áskesis» que allá en la Hélade designaba cualquier esfuerzo o ejercicio laborioso y metódico atañero a esa educación física o moral que Jenofonte acaba de mostrarnos. Ascético fue por tanto el propósito de los griegos al exaltar la gimnasia, y si no les fue dado atinar con la última perfección que se consume en el reino sobrenatural ultrahumano, quédeles el mérito de haber enaltecido en el orden puramente natural esta hechura de Dios, que fue postrimera en la creación para que compendiasse toda la beldad y la fuerza esparcida por el Universo.

Si ahora queréis ver hasta dónde se alzó esta ascética de los juegos y deportes, verdadero culto del hombre, echad los ojos sobre una de tantas figuraciones de Perceo e interpretad sus formas y ademanes»: Soy un vencedor—parece decir—y llevo en la frente el resplandor de la heredada majestad de Zeus; soy pronóstico vivo de conquistadores, preuncio de los artífices de libertad y adelantado de caballeros; en la serenidad de mis proezas adivináis un anticipado desdén de los peligros; tengo por blasón la cabeza de Medusa y ahora la levanto para que vaya a campear en el escudo de Atenea. De la hirviente sangre de la furia nacerá el caballo alado, fiel a los poetas, corcel relampagueante que

me llevará en pos de todo lo glorioso, lo noble y lo divino. Castigaré la inhospitalaria soberbia de Atlas, arrebataré las pomas de oro en el jardín de las Hespérides y encontraré en Andrómeda la última sanción del heroísmo que es energía radiante, soberana y benéfica.

Heroísmo y héroes, eso es señores, lo que sacó Grecia de sus gimnasios, circos y palestras, que fueron por cierto escuelas de lealtad cívica y de ciudadanía aventajada donde sólo se admitían hombres libres y sin afrenta de infamia o de castigo; tales, en fin, que al presentarse en los juegos olímpicos se mostraran como acabadísimos dechados de la nacionalidad helénica.—Muy otras eran las turbas de jayanes y atletas de profesión que divertían al pueblo; y erraría en grande quien imaginara encontrar en ellos el prototipo de la gimnasia griega; que si la escultura los estigmatizó copiando sus semblantes desprovistos de toda lumbré interior y a veces francamente bestiales, Eurípides acudió también a zaherirlos con duro sarcasmo y vilipendio. Nó, en los dominios de Apolo y de Minerva no era lo mismo asistir a las olimpiadas y aplaudir la destreza o habilidad mercenarias o brutales, buenas cuando más para servir de pasto a la novelería. No era lo mismo quebrarse de risa ante las bofetadas estúpidas, el crujir de los huesos, las carnes magulladas, los miembros rotos y las caras deshechas, o juntarse, poseídos todos de un no igualado espíritu nacional, a celebrar las fiestas panhelénicas en que los juegos y deportes ponían de presente las reservas de gloria y las promesas de imperio que Grecia custodiaba en el ánimo y bríos de su mocedad. Por eso la gimnasia llegó como a seducir y a encadenar el ánimo de aquella nación con tanto hechizo y variedad de sentimientos que a juicio de Grote, sirvió de contrapeso a la desunión política y mantuvo entre ciudades apar-

tadas, carcomidas por rivalidades y querellas, un lazo de fraternidad, un vínculo de simpatía y un fundamento de unión que las salvó de despeñarse en lamentable y prematura ruina.

Este es el momento de preguntarnos si será posible que la gimnasia logre entre nosotros algo siquiera de lo que pudo en la tierra clásica del laurel y del olivo, donde Glauco y las Greas simbolizaron las profundidades opalinas del mar y su espuma inconsistente, donde Hermes el del áureo caduceo, que abría y cerraba los ojos de los mortales fue figura de la nube sutil que sirve de pestaña al sol poniente; donde Atenas rememora el hondo azul del cielo; donde los ríos que caminan haciendo giros sinuosos y ondulantes tomaron vida y cuerpo en las náyades y ninfas.....

Pero, despedámonos ya de estas reminiscencias..... A la pregunta que nos hemos hecho responden en gran parte las disposiciones que en hora buena han dictado los supremos poderes sobre educación física nacional; falta que sepamos cumplirlos según la letra y según el espíritu y éste no puede aprenderse sino en la antigüedad helénica. La nación inglesa hace siglos lo viene interpretando y aplicando con patentes y benéficos efectos que han contribuido como nadie ignora, a precisar y fijar el carácter de aquella noble raza. Otro tanto deseáramos alcanzar y lo alcanzaremos, Dios median- te, si no falseamos el verdadero sentido del deporte y de la gimnasia.

Lo falseáramos indudablemente cuando, mermán- doles alcance, convirtiéramos los ejercicios corporales en un sistema de exhibiciones aisladas, capaces de dar momentánea satisfacción, apariencia de triunfo y fama de superioridad a unas pocas personas o grupos que sólo atienden seguir los antojos de una moda tornadiza y alborotada. Y lo falseáramos también cuando no viéramos en el deporte sino una pesadumbre que se sufre

con displicencia y se evita con maña y se atisba con recelo porque combate y sacude el marasmo y la inacción que a veces nos amilana y poltroniza en plena juventud.

Apártase de tales extremos la gimnasia legítima que dentro del ritmo y belleza de los movimientos y actitudes propias de cada juego engendra múltiples sorpresas, acciones y reacciones, ímpetus y escapes, empeños e intereses que descubren y multiplican recónditas energías somáticas que son el campo más propicio y el estímulo más natural para que se desenvuelvan y eduquen esotras energías propiamente humanas que se llaman lealtad, franqueza y valor; sangre fría, impavidez, compañerismo, dominio de sí mismo, autoridad, atención, disciplina, juego limpio, invención, capacidad de sufrir una derrota sin despecho ni desaliento; cortesanía en la lucha, elegancia en el desafío y dignidad en la victoria. —Qué otra fuera la vida social cuando Imperaran en ella estas virtudes y no las tortuosas y alevés maquinaciones, los solapados recursos y la cobarde venganza a espaldas vueltas que prenden tan fácilmente en una vida sedentaria que nunca jamás probó el deleite del contraste leal, a cielo abierto y con el sol bien partido!

El hombre se estraga no tanto con las inevitables contradicciones que apareja la vida cotidiana, cuanto con el pesimismo y amargura que de puertas adentro nutre y fomenta. Somos —quién lo creyera!— hábiles más que Terencio en realzar el tipo del que a sí propio se atormenta, y esa mala disposición acogedorá fácil de sospechas y prejuicios, de insanos temores y de posibles hostilidades, se remediaria en gran parte cuando desde muchachos aprendiéramos el arte de luchar y vencer. Grecia lo practicó en sus gimnasios y ese es el secreto de la sonrisa que embalsama por igual los semblantes que aún decoran los frontones de Egi-

na. Allí conservan ese gesto de espiritualidad y de decoro, lo mismo la diosa que preside la contienda, que los membrudos combatientes, las víctimas agonizantes y el cadáver de Patroclo. Sonrisa enigmática, trasunto de inmortalidad, juzgamiento misterioso y tácito de hombres y de cosas, que hace pensar en una de las más antiguas sonrisas de la tierra, en la sonrisa mezclada de lágrimas que Homero, el inventor universal, puso en la patética Andrómaca cuando en el VI canto de la *Iliada*, la cola de caballo que ondea en el casco de Héctor amedrenta al pequeñito Astyanacte. Andrómaca, la de mármóreos brazos, sonrío allí, suprema caricia al héroe que se apresta al combate y a la muerte. Así sonríen los luchadores de Egína, unos con alegría de triunfo, otros con sabor de agonía, otros con sosiego de muerte; sonrisa unánime ante la vida que pasa y la verdad que perdura!

Señores:

No es imposible que oyendo estas laudes de la gimnasia helénica, las juzguéis excesivas y acaso también inconvenientes por pareceros que encierran alguna manera de rehabilitación del paganismo y de las perversas costumbres que lo afearon. Os ruego que no sentenciéis este pleito a la ligera porque podrían salir al encuentro S. Basilio y S. Agustín, estimadores exquisitos de la cultura antigua, que cuidaron de enriquecer la civilización cristiana, trasladando a ella las preseas con que justamente se enorgullecieron los gentiles. «No penséis —dice el Hiponense— que los paganos sólo tienen fingidas y superticiosas invenciones, guardan también óptimas disciplinas de que es justo apoderarnos para emplearlas santamente en servicio de la verdad del Evangelio».

Pero mucho antes que ellos existió Pablo de Tarso explorador divino del alma griega, peregrino de la Hé-

lade, anunciador de una sabiduría que con ser tan excelsa no desdeñaba mezclar en sus revelaciones el centelleo de los versos enjogados en que canta un poeta el celestial linaje de los hombres. Y Pablo de Tarso, pasando por Grecia, vio los circos y palestras, supo de los luchadores y gimnastas, puso oído a las crónicas agonísticas, celebró la abstinencia de los héroes del estadio, y dejó que enjambraran en su mente los recuetdos de las soberbias fiestas panhelénicas, para forjar con todo ello una imagen que fuera aguijón e incentivo para la corona incorruptible.

